

*Sobre la teoría, la terminología
y el enfoque de
la estructura social en la historia*

Rodolfo Pastor

INTRODUCCIÓN

EL PROBLEMA TEÓRICO REPRESENTA UNO de los principales obstáculos para la investigación sobre la estructura social histórica. Nos encontramos, por un lado, con un exceso de teoría dogmática; por otro, con una actitud empiricista, que no conceptualiza los datos y no puede, consecuentemente, explicar los procesos. Unos presuponen relaciones causales no demostradas; otros las niegan donde no han sido exploradas y nadie contribuye a esclarecer el asunto. Entre historiadores, se habla mucho de estructura social, pero se entiende poco. Se habla, por ejemplo, indistintamente, de clase, casta, capa, grupo, estrato y estamento social o se definen esos conceptos en forma arbitraria. Se confunde la idea de estructura con la de estratificación, y se utilizan como sinónimos conceptos tan distintos como los de lucha social, lucha de clases, conflictos entre grupos, guerra de castas, etc. Se adopta, sin crítica previa ni aclaración del sentido original, el lenguaje de los documentos antiguos o se usa el vocabulario de la escuela teórica más próxima. Se huye deliberadamente de la especificidad, comprometedora y peligrosa. Ese caos semántico y el afecto por la ambigüedad no derivan sólo de una falta de formulación

lógica reflexiva. Ante la incertidumbre académica se resta precisión a los términos volviéndolos menos vulnerables a la crítica, al extremo de volverlos, también, prácticamente inútiles para propósitos de análisis. Desde el punto de vista metodológico es forzoso conservar la ambigüedad implícita de algunos términos: si los fenómenos sociales son ambiguos, conviene que los conceptos con que los describimos conserven esa penumbra, esa imprecisión de la categoría cualitativa. Pero convengamos en que es preciso respetar el uso convencional de los términos y ceñirnos con rigor a un significado delimitable de los que escogemos.

Pocos autores se plantean siquiera el problema central: qué es, de dónde sale y a qué responde cualquier estructura social. Pero es evidente que sin definiciones claras y algún tipo de respuesta hipotética a las preguntas fundamentales, los conceptos aislados carecen de sentido y es imposible estudiar sistemáticamente una estructura concreta. La descripción empírica de los datos documentales, sin vínculo con el problema teórico, no tiene sentido. Los datos no se explican a sí mismos y no conforman un esquema explicativo cuando no se plantean las interrogantes del caso. Es preciso, pues, sistematizar nuestra concepción del origen, dinámica y proceso de estructuración para poder aprovechar los abundantes datos históricos. Pero es necesario también que nuestras hipótesis se adecúen a la naturaleza de la información y se mantengan abiertas en vez de enquistarse como tareas de comprobación y polémica.

EL PLANTEAMIENTO POLÉMICO

El exceso teórico desemboca en formulaciones fantasiosas y resulta en la aplicación de conceptos y categorías sin respeto por los datos o el contexto. El dogmatismo de esta o aquella "escuela" en boga, más interesada al parecer en hacer manifiesta la lógica interna de su discurso que en establecer el nexo entre éste y la realidad estudiada, no hace más que agravar las dificultades.¹ Un positivo lastre para abordar el fenómeno es la adopción de los dogmas científicistas surgidos de la alusión romántica de haber descubierto "las leyes naturales de la evo-

¹ La acusación vale lo mismo contra el positivismo que contra el marxismo.

lución social” y las categorías analíticas “naturales” para su estudio o develación.

El marxismo clásico —el utilizado por los historiadores más que sus recientes modernizaciones— sostiene que, después de la desintegración de los clanes (la comunidad primitiva), la sociedad se organiza en “clases sociales” definidas en función de su posición respecto a los medios y al proceso de producción.² Al evolucionar las fuerzas productivas se diferencian los propietarios de los esclavos, los nobles de los siervos, y los burgueses de los obreros proletarios, en sucesivos antinomios de clases antagónicas. La lucha de esas clases por los medios de producción es el motor de la historia, impulsada mediante revoluciones. Se ha criticado el economicismo mecánico de este “materialismo histórico”, señalándose que la tesis ignora el cuadro global y desprecia los *roles* y actividades social y políticamente funcionales desligados del proceso productivo, sin los cuales es poco menos que imposible justipreciar el peso estructural de muchos grupos en determinadas formaciones históricas. Los *roles* que cumplen las personas pueden, en un momento determinado, ser fuentes de ingreso, prestigio y poder tan o más importantes que sus “propiedades”. Y eso, que es evidentemente cierto de un número de sociedades industriales modernas muy planificadas, parece también ser característico de muchas sociedades agrarias preindustriales. Históricamente hablando, resulta inverosímil que la diferenciación social obedezca a un mismo factor (la propiedad) y dé como resultado el mismo tipo de grupo (clase) bajo condiciones tan distintas a lo largo de diez mil años de muchas historias humanas paralelas. Lo que sobresale en la comparación de estructuras históricas distintas en su variedad de concepción, forma y funcionamiento. Supuesto que la idea que tiene de sí una sociedad surge de su historia particular (de sus vivencias), uno debe esperar que sus formas de ordenamiento social varíen con esa experiencia y que, a lo largo de cada historia, diversos

² Así está enunciado el proceso en las obras de Marx. Muchos marxistas actuales cuestionarían un planteamiento tan simple; dirían que la escuela ha rebasado estas concepciones primitivas de sus orígenes. Lo planteo así porque los trabajos de la escuela sobre la estructura social histórica siguen reiterando el dogma enunciado de la misma manera; véase por ejemplo, Francisco González, “La Estructura Social” en Ciro Cardoso (comp.) *México en el siglo XIX*, México, 1980; o Severo Martínez Peláez, *La patria del criollo*, Educa, San José de Costa Rica, 1971.

factores (el étnico, el político, el económico) definan tipos diferentes de grupos y conformaciones. Esa "verdad" tan obvia puede haber sido obscurecida por la propagación —en tiempos modernos— de una estructura social clasista, correlativa del sistema económico mundial capitalista, pero entonces la necesidad de investigar el pasado con un criterio más fino se torna aún más evidente. La homogeneidad actual obliga a buscar históricamente la variedad de formas perdidas.

En efecto sería difícil situar por ejemplo a los grupos sociales novohispanos (ej. religiosos y burócratas-comerciantes) en un esquema referido únicamente a la propiedad y producción o agruparlos en clases. Los comuneros, por ejemplo (que como en varias otras regiones de América colonial conservaron su propiedad de las más y mejores tierras) tenían medios propios de producción pero, por su posición políticamente subordinada, eran obligados de diversas maneras, a entrar en relaciones de producción como si carecieran de esos medios. Se le impedía asimismo disponer libremente del producto y perdían consecuentemente su renta de la tierra en la circulación manipulada de los bienes producidos,³ de modo que la posición del grupo en el proceso productivo no era la variable independiente que determinaba a las demás: había otra forma de definir al grupo social y de explotarlo y, por lo mismo, otro tipo de grupo.⁴

El marxismo introdujo el análisis social a la historia pero al hacerlo, por decirlo así, cavó su propia tumba. Nuestro conocimiento histórico ha avanzado lo bastante para desengañarnos acerca de las "máquinas de eterno movimiento" (la dialéctica, la lucha de clases, etc.). Sabemos con certeza que las categorías analíticas que utilizamos no pertenecen a la naturaleza misma de la sociedad sino que ellas mismas están social, históricamente determinadas y que conceptos como los de clase social o capital

³ Al campesino novohispano colonial (como al actual) se le explotaba sobre todo a través del comercio. Insistir en una explotación territorial del indio colonial es de hecho encubrir las verdaderas formas de explotación vigente. El criterio de propiedad con diferenciador único parece inducido para nublar las otras formas de diferenciación (menos evidentes) que prevalecen en sociedades no capitalistas. Por otra parte la clasificación económica marxista es más pertinente ahí donde los medios incluyen al capital. Pero en las sociedades precapitalistas agrarias, donde el trabajo y la tierra bastan para producir, ese criterio parece insuficiente.

⁴ Parecería pues que las clases socioeconómicas propiamente hablando son un producto de la revolución industrial de fines del siglo XVII.

tienen un origen, un contenido y un alcance limitado por el desarrollo histórico del fenómeno que describen. Sabemos que la historia sigue un proceso pero también que éste no es natural ni mecánico sino social, maleable y que está profundamente influido por factores subjetivos: ideología, mentalidad, capricho; y que es, además, un proceso accidentado, que sufre por decirlo así descarrilamientos sucesivos. En suma, la historia evoluciona pero también sufre mutaciones y conserva anacronismos. Esto nos obliga a prescindir de teorías universales construidas sobre ejes tan endebles y a renunciar por ahora a las generalizaciones amplias que deseáramos encontrar o corroborar.⁵

Igual de problemática resulta la adhesión acrítica a un positivismo lógico que quisiera reducir el problema social a una configuración de ecuaciones matemáticas y el discurso analítico a un desglosamiento semántico o a una serie de definiciones aritméticas.

Para contrarrestar el mecanicismo económico marxista, el funcionalismo que predomina en la investigación actual comienza por definir una variedad de criterios económicos y sociales (nivel de ingreso, ocupación, hábitos de consumo, vivienda y nivel educativo)⁶ y basándose en éstos construye índices complejos de *status*,⁷ delimitando los grupos sociales según el rango de los indicadores resultantes. La estructura social se concibe entonces como una matriz que exhibe la distribución de la población por células (capas) y en la cual se representa el cambio social como una redistribución de las poblaciones relativas en esas células a lo largo del tiempo.

⁵ Sin criticar la validez final de estos conceptos básicos, varios autores "revisionistas" del materialismo histórico tratan de dar un lugar a la función del grupo, pero su "síntesis" no parece del todo coherente. La conciencia de la relatividad conceptual nos obliga en rigor a buscar y seleccionar las categorías y conceptos más adecuados para estudiar la época en cuestión, sin hacer malabarismos con conceptos irrelevantes y aislados.

Weber logra rescatar parte de la teoría marxista para el propósito del estudio histórico de estructuras sociales. Véase Gerth y Mills, *From Max Weber*, Londres, 1948.

⁶ Se trata de las "dimensiones" de la estratificación social. Según Gerth y Mills, *Carácter y estructura social*, Buenos Aires, 1971, p. 239, éstas son la ocupación, el ingreso, el *status* y el poder.

⁷ Algunas versiones matemáticamente más sofisticadas insistirían en definir la clase por "relaciones de equivalencia en cada uno de los varios niveles o indicadores listados" *vid* M., Bunge, "On social structure", mimeo.

Deben señalarse primero las ventajas prácticas de este acercamiento al problema histórico. La ventaja que supuestamente representa la variedad de criterios incorporados al indicador funcionalista (su teórica multidimensionalidad) resulta un tanto ilusa, ya que muchos de los supuestos "distintos" niveles están íntimamente relacionados entre sí y con el ingreso, o son simples reflejos de éste. Así, aunque en menor grado que el criterio de propiedad, el indicador funcionalista también destaca las diferencias económicas. Para el historiador, ese énfasis puede ser fuente de imprecisiones y distorsiones ya que la economía no ha desempeñado siempre el papel que tiene en la actualidad. Pero la principal limitación del método está precisamente en lo que algunos consideran su mayor virtud: su formulación y medición matemática.

Para el historiador o el antropólogo muchas de esas formulaciones y mediciones resultan disfuncionales. La exigencia de una definición cuantitativa imposibilitaría el estudio de la estructura social de muchas de las sociedades que no produjeron fuentes de información cuantitativa. Es obvio que los criterios básicos de valoración y de clasificación difieren en culturas distintas y en momentos históricos distantes de una misma cultura. Y es claro que quien no produce o no conserva ese tipo de información, no la valora como nosotros. Aun cuando existen los datos, los índices cuantitativos deben aplicarse pues con el máximo cuidado etnológico y con rigor cronológico.

Además de producir calificativos (alta, baja, etc.), más adecuados para hablar de estatura que para calificar grupos —otra vez supuestamente "clases"— sociales históricas, el formalismo de la escuela desemboca en confusiones nominalistas. Algunos autores de la escuela terminan desesperándose con su concepto formal de estructura. Firth y Nadel concluyen que la estructura *no existe en realidad*, no es más que un concepto analítico que permite visualizar esquemáticamente a la sociedad.⁸ Parecería sin embargo que este problema epistemológico deriva de las mismas definiciones formalistas. Lo que no existe en la realidad son las clases tal y como las define la escuela.

Las clases sociales del estructuralismo terminan siendo meras descripciones estadísticas de estratos. Pero *estrato* es un concep-

⁸ Firth y Nadel, *Estructura social*, México, 1977, p. 75.

to aritmomorfo, un conjunto de rango estadístico, delimitado con claridad arbitraria por una cifra; mientras que una clase social es un grupo consciente de los vínculos que la conforman, con maneras propias de relacionarse interiormente y hacia fuera.⁹ De modo que un estrato puede concentrar la mayor parte de la riqueza de una sociedad, pero sólo una clase social puede tener actitudes propias, una acción que refleja una estrategia. Una estructura es, sobre todo, la configuración de relaciones entre grupos sociales cualitativamente definidos.

Los conceptos de estructura y estratificación son por consiguiente distintos. Una estratificación es algo natural en un corte geológico o en un lago de clima templado, pero en una sociedad es el resultado de una distribución matemática. Una estructura por otra parte es, más que una estratificación, más que una diferenciación estadística. Así, el fanatismo por el concepto cuantitativo parece responsable de la miseria analítica de la teoría positivista, que se limita —en lo interpretativo— a establecer asociaciones formales entre determinado rango del indicador y un comportamiento específico, sin profundizar en las raíces y la dinámica de esos comportamientos que son la sustancia misma de las relaciones sociales. La mediación refleja la estratificación; describe de algún modo la polarización y pesa la distancia social, pero es incapaz de explorar relaciones causales en movimiento, de explicar la estructura y el comportamiento de los personajes sociales. De hecho la teoría positivista parece despreocuparse con respecto al proceso causal (histórico) de la estructuración.

Los funcionalistas más lúcidos perciben el problema perfectamente. Estructura social es, dice Mills, el conjunto de *instituciones* que regulan las funciones de los grupos sociales, otorgándoles, al distribuir los roles, una posición determinada respecto del conjunto social.¹⁰ Más vaga, pero quizá más profunda parece la definición de Mousnier: una estructura es, dice, “la imagen ordenada que una sociedad tiene de sí misma, un fenómeno de psicología colectiva”.¹¹ Propongamos que estructura es la forma en

⁹ La confusión del grupo cualitativamente definido y el estadístico provoca un desconcierto desmerecedor de los trabajos. Vid J. Chance, *Race and Class in Colonial Oaxaca*, Capítulo V, cit. Marx establece la distinción entre una clase social *en sí* y una *para sí*, y Gramsci lo desarrolla, pero estrictamente hablando no puede haber una “clase” sin una ideología propia, más o menos explícita.

¹⁰ C. W. Mills, *Carácter y estructura social*.

¹¹ Mousnier, *Fureurs paysannes*, París, 1967.

que determinada sociedad se concibe y ordena en función de su experiencia previa. En ese sentido, toda sociedad tiene alguna imagen de orden, absolutamente real y existente antes de cualquier intento de análisis. El investigador tiene que penetrar en el sentido y funcionamiento de la mentalidad que fundamenta esa estructura, para comprenderla y el enfoque etnológico resulta más útil para este propósito que el estadístico. Especialmente cuando se estudia una sociedad multirracial, es forzoso recoger los elementos de identidad étnica que le dan a cada grupo una visión de sí mismo y que agrupan a conjuntos sociales diferentes en una "comunidad" (en el sentido antropológico de término) sobreponiéndose a los criterios de diferenciación económica.

Las mismas medidas matemáticas son relativas. Puede medirse la diferencia entre los ingresos de grupos e individuos, pero la diferencia entre la miseria y la abundancia no es cuantificable. Reducirla a números es de algún modo dejar de comprenderla y tenemos la obligación sin embargo, de captarla sin maniqueísmos. Por otro lado, dos individuos pueden históricamente tener idéntica cantidad de bienes e ingresos y sin embargo pertenecer a grupos sociales totalmente distintos, incluso antagónicos. Ello depende de la forma concreta en que cada uno tiene, reproduce y utiliza su riqueza y el grupo no define necesariamente el comportamiento individual de sus miembros. Hay personas que pertenecen a un grupo social definido pero que encuentran más útil aliarse con otros de grupos subordinados en contra de miembros competitivos de su propio grupo.¹² A menudo, los antagonismos entre los integrantes de un mismo grupo son más poderosos que la oposición entre individuos de grupos distintos que mantienen relaciones de reciprocidad por la naturaleza misma de los grupos o por el localismo de la sociedad estudiada.

ALGUNOS MODELOS PARA LA DISCUSIÓN

Esboceemos por ahora algunos modelos de estructura a los que podamos referir datos históricos. Se pueden distinguir con facilidad por lo menos tres tipos abstractos de estructuración: *la*

¹² Este parecería ser el caso de muchos indios nobles desde fines del siglo XVI hasta el XVIII cuando la nobleza está en proceso de decadencia.

clasista, definida en términos fundamentalmente económicos; la de “*castas*” geneológicamente delimitadas y con funciones sociales especializadas; y la de *órdenes o estados*, en la que los principios jerárquicos jurídicos comprendidos en un estatuto legal predominan sobre la definición económica o geneológica del grupo. Claramente a cada tipo de estructura corresponde un tipo de grupo.

Tanto en la sociedad estructurada por castas, como en la de “órdenes”, hay explotación económica.¹³ Quizás en ambas, esa explotación sea más intensa que en la sociedad clasista puesto que su justificación está más mitificada. Aunque cabe señalar que las estructuras preclasistas parecen —en muchas instancias— más estables que las de clases, las sociedades clasistas modernas están asociadas al crecimiento demográfico y a la mejora de los indicadores vitales. Lo importante es que cada tipo de estructura social realiza la explotación en forma diferente, y que mientras en la sociedad clasista la producción y distribución de la riqueza determinan el *status*, en las estructuras de castas o de “estados”, los criterios genéticos y los principios jerárquicos respectivamente determinan quién produce y cómo se distribuye la riqueza. Cada tipo de estructura tiene también una movilidad característica, cualitativa y cuantitativamente. En una sociedad de clase, si (por azar, por medios violentos, por esfuerzo superior o —como suele suceder— por una combinación de éstos) un individuo adquiere riqueza, accede automáticamente a una posición diferente dentro del proceso productivo y *cambia de clase*. En una sociedad de órdenes esa cadena es menos probable; el individuo enriquece o empobrece pero no cambia usualmente el *estado* social al que pertenece. En teoría, aunque la cadena de accidentes podría darse, nadie puede en una sociedad de castas cambiar de grupo.

La sociedad de órdenes presupone la desigualdad social y la estatuye a través de un conjunto de costumbres —que se convierte en leyes en caso necesario— para distribuir entre sus miembros correlativamente poder, *status* y riqueza. Decretando las diferencias por ley, la sociedad de “órdenes” contradice su creencia

¹³ No hay pretensión de idealizar a las sociedades preclasistas como no explotativas; esa es una presuposición teórica de quien piensa que sólo a través de la propiedad de los medios de producción se puede explotar, proposición a todas luces insostenible. La idea general de los modos está tomada de la “Introducción” de Mousnier, (v. *supra*, nota 11) la desarrolló simplemente con más amplitud.

de que la estructura es "natural", de que obedece diferencias innatas entre linajes, pero en cambio se asegura de que el accidente económico (el ocasional enriquecimiento o empobrecimiento) no viole sus principios de jerarquización; de tal manera la propiedad tiene en el esquema estamental un lugar secundario.

En contraste, la sociedad clasista concibe las desigualdades como funciones del "esfuerzo" y de la "capacidad" individual y las mide según el logro acumulado por el individuo en forma de bienes, de propiedad. Históricamente, lo primero que hace la concepción clasista al asumir predominancia es abolir las diferencias sociales ante la ley, e instituir una teórica "igualdad jurídica" de las personas. Como consecuencia, la sociedad clasista se caracteriza por la movilidad socioeconómica; la de órdenes por una mayor estabilidad relativa y por su movilidad sobre todo política y la sociedad de castas por mantener sus rasgos absolutamente fijos, ya que la inmovilidad es "un requisito de pureza".¹⁴

Más aún, en la sociedad de clases, la posible movilidad y la conciencia de que ésta depende de la acumulación económica estimula, junto con el ahorro, el resentimiento social y la lucha por subir, creando así toda una mentalidad y un mito del éxito y de la competencia. La proverbial productividad capitalista se basa en parte sobre ese estímulo-cebo. El arribismo social no sólo se torna posible, sino que se convierte en el comportamiento esperado por el sistema, aunque —hipócritamente— se lo denigre todavía.

Los diferentes grados y tipos de movilidad caracterizan pues las diversas formas de estructura y nos pueden mostrar como se asocia cada una de ellas a un tipo específico de organización económica y, posiblemente, a un sistema política concreto (a un tipo de estado distinto), al cual la estructura social posibilita y del cual forma parte necesaria. En un régimen de castas, el Estado tiene un papel limitado; en un sistema de órdenes la estructura política dispersa juega el papel rector (asigna roles y funciones económicas); el régimen de clases corresponde, finalmente, a un sistema capitalista que, abjurando de esa rectoría estatal directa, fortalece y consolida a un Estado central al que necesita indirectamente como marco protector de la "libertad" económica.

Naturalmente, si las estructuras y relaciones sociales reflejan

¹⁴ Mousnier, *Id.*

las formas de organización económica y política, el estudio de las primeras deberá asumir la explicación de esos nexos. Todavía más, la explicación histórica debe ser integral y no mecánica, y debe tomar en cuenta las superposiciones de diversas formas de organización en cualquier momento dado, ya que, como los "modos" de organización económica (tributario, feudal, capitalista, etc.), los tipos de estructura social nunca se dan en forma pura. Se presentan imbricados y evolucionando sin rumbo fijo porque intervienen en su evolución demasiadas variables aleatorias, accidentes históricos; a tal grado que de ordinario resulta difícil caracterizar a una sociedad por un tipo único de estructura.

Nos encontramos pues con elementos definitorios de varios tipos teóricos o modelos de estructura, cada uno con su propia dinámica y conformación. Resulta además, que el grado y tipo de movilidad que caracteriza a cada sistema estructural nos puede indicar el sentido evolutivo del mismo en el mediano plazo.

A pesar de las objeciones señaladas atrás, creo que la metodología estructural-funcionalista y la teoría de estratificación brindan por lo pronto un utillaje apropiado a la explotación de estos modelos como forma de análisis en la investigación concreta. Siempre que se la ubique dentro de una estructura histórica, la estratificación basada —de ser posible— en los datos que la misma sociedad estudiada produce, permite percibir mejor las jerarquías sociales y ofrece imágenes mucho más sólidas, verosímiles y explicativas que la descripción basada en impresiones anecdóticas o en la aplicación mecánica de un criterio como el de "las relaciones de propiedad". La estratificación económica puede no ser determinante pero refleja, a menudo con precisión, la estructura vigente; permite una comprobación empírica de los fenómenos que plantea la teoría y ofrece posibilidades de referencia cruzada a la evolución cultural (demográfica, política, económica e ideológica) del grupo. Es claro que cualquier tipo de grupo (estamento o clase social) puede estratificarse de acuerdo a indicadores económicos, y entonces la estratificación puede servirnos para aproximarnos a la comprensión del tipo específico; por ejemplo, en un estamento la estratificación puede estar muy polarizada. Esto es cierto, aunque en mucho menor grado, para una clase social.¹⁵

¹⁵ Ya que, en la estructura de clases, la polarización distingue o separa a las clases mismas.

La medición de la movilidad entre estratos y de la polarización en diversos tipos de grupo permitirá a su vez formular algunas generalizaciones sobre la historia del sistema social en cuestión. La teoría de la estratificación permite además medir —en un momento dado— la distancia entre el *status* concebido por la concepción o modelo institucional y la situación económica real de un grupo. Permite así calibrar el grado de vigencia de una teoría social determinada. Lo demás es quizá cuestión de sentido común.